



# PRIMERA ENTREGA

## ECONOMÍA Y DESIGUALDAD SOCIAL GLOBAL

Desde la irrupción del virus, los ricos son más ricos y los pobres son más pobres. La pandemia de la Covid-19 ha tenido el potencial de aumentar la desigualdad económica en, prácticamente, todos los países del mundo al mismo tiempo, una situación sin precedentes desde que empezara a registrarse este tipo de datos hace más de un siglo.

Según el más reciente informe de Oxfam presentado en el marco del Foro Económico Mundial Davos 2022, 'Las desigualdades matan', durante la pandemia se hicieron más evidentes las desigualdades a nivel mundial haciendo que el 99% de los ingresos de la humanidad se deterioren y empujando a la pobreza a más de 160 millones de personas. Mientras tanto, los diez hombres más ricos del mundo han duplicado con creces su fortuna, que ha pasado de 700 mil millones de dólares a 1,5 billones de dólares (a un ritmo de 15.000 dólares por segundo).

En tan solo los 9 primeros meses de la pandemia las mil mayores fortunas del mundo recuperaron su nivel de riqueza previo al imprevisto, mientras que para las personas más pobres esta recuperación podría tardar más de una década.

"Mientras la pandemia deja al descubierto una verdad antigua sobre la profundidad de las desigualdades y el fracaso de los modelos económicos y políticos, los

hombres más ricos del planeta incrementaron en medio billón de dólares su fortuna", explica Carlos Mejía, Director Ejecutivo de Oxfam Colombia. "Perverso, simplemente inaceptable, cuando tales cantidades servirían para garantizar vacuna global y evitaría que nadie caiga en la pobreza", agrega el investigador.

Ante esta dramática situación de la que Colombia no es ajena, el informe de Oxfam interpela a los gobiernos y les urge a darse cuenta de la ventana de oportunidad que tienen para construir una economía justa tras el paso de la pandemia. Una economía que proteja al planeta y acabe con la pobreza. Para lograrlo, asegura el informe, debe transformarse con urgencia el sistema económico actual que profundizó el patriarcado, la dominación blanca y los principios neoliberales.

La jefa del Fondo Monetario Internacional (FMI), Crystalina Georgieva, expresó que el mismo confinamiento provocó un gran riesgo económico. "Ahora son las grandes divergencias y la recuperación desigual" las que provocan ese riesgo para la economía mundial, pues aunque todos estuvimos en la tormenta provocada por el coronavirus, no todos lo hicimos en el mismo barco. Algunos países tuvieron más capacidad que otros, y al interior de sociedades como la colombiana la desigualdad está

profundamente marcada: unos pocos tienen mucho y la mayoría tienen muy poco.

De acuerdo a Minouche Shafik, la directora del London School of Economics, en Colombia se necesitarían hasta once generaciones para pasar de un nivel de ingreso bajo a uno de ingreso medio. Si se calcula que una generación abarca 30 años, en el país se requerirían entonces más de 3 siglos para generar movilidad social, más del doble de generaciones que el promedio de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (4,5 generaciones).

Consecuentemente indicadores como estos también tienen repercusión sobre la capacidad para la atención de la pandemia. "Las cifras muestran que una región con una enorme vulneración de derechos

y desigualdad, no tiene cómo prevenir ni atender personas afectadas por el virus", destaca Laura Gómez, gerente del Programa Derecho a la Igualdad de Oxfam Colombia.

Esta desigualdad, según el más reciente informe sobre pobreza multidimensional en el país elaborado por el Dane, afecta a un poco más de 9 millones de colombianos que viven en el Pacífico y la región central (Caldas, Caquetá, Huila, Quindío, Risaralda y Tolima), dos extensos territorios que presentan los niveles más altos de este fenómeno. Cristian Llano, investigador del Cinep/PPP califica estas situaciones como "condiciones que no pueden ser más paupérrimas", y agrega que, "la pandemia mostró que el problema está más allá del tema de salud".



## EL CASO **COLOMBIANO**

### **En Colombia, la pobreza aumentó después**

**de la llegada del Covid-19.** Mientras en 2019, el 36% de los colombianos era pobre, para 2020 y a la espera de los cálculos para el año anterior la suma alcanzó el 42,5% de la población, según el Dane. Se estima que más de 21 millones de personas vivían en la pobreza en 2020 (6,8% más que en 2019), superando a países africanos como República del Congo y Burkina Faso de acuerdo a comparativos del Banco Mundial. Quienes más suman en estas cifras son los habitantes de las ciudades capitales: en Bogotá habría 3,3 millones de pobres, seguido por Antioquia con 2,32 millones, y Valle del Cauca con 1,67 millones. Bolívar con 1,71 millones y Córdoba con 1,092 millones siguen la triste lista de regiones más pobres.

El retroceso vivido en Colombia también se observa en el índice de GINI, pues a nivel nacional pasó de 0,52 a 0,54, llegando a ser la cifra más alta entre todas

las mediciones del Dane. Este coeficiente mide los términos distributivos globales. Juan Daniel Oviedo, director del Dane, aseguró al diario La República que este choque económico de la pandemia fue urbano en mayor proporción y el aumento en la pobreza en estas zonas del país estaría explicado, entre otras cosas, por las cuarentenas estrictas y las mayores cifras de desempleo.

Para hacerse una idea más clara sobre el panorama de la distribución de la riqueza en Colombia basta conocer las cifras entregadas en octubre del año anterior por parte del Banco Mundial. Según su informe 'Hacia la construcción de una sociedad equitativa en Colombia', los ingresos del 10% de los colombianos con mayores recursos es 11 veces mayor que el del 10% de la población más pobre.

Si bien el país inició el 2021 con un aumento en el desempleo respecto 2020, cerró el año con una tasa de 10,8%, la más baja desde diciembre de 2019, antes

de que empezara la pandemia. La población desocupada en Colombia para noviembre del año anterior se redujo en unas 620 mil personas y ahora se encuentra por el orden de los 2.7 millones de personas desocupadas (DANE, 2022). Además, los que cuentan con empleo no necesariamente están en condiciones de justicia laboral: bajos salarios, algunos sin las prestaciones sociales de ley, en puestos de trabajo precarios y de mala calidad, todo ello sin sumar datos de la informalidad laboral la cual en 2021 se situó con una tasa nacional del 48% según cifras del Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas - DANE.

Algo aún más preocupante ocurre en el caso de la población juvenil (14 a 28 años), donde el desempleo es mayor que el de la tasa nacional. Si bien esta se redujo en 6 puntos porcentuales con respecto al mismo periodo de 2020, entre junio y agosto fue del 21,5%, es decir, que 22 de cada 100 jóvenes colombianos en edad productiva no cuentan con un empleo. Neiva, Florencia, Ibagué y Quibdó son las ciudades del país con mayores índices.

Las altas tasas de desempleo no son nuevas en las regiones más apartadas y pobres. En el Pacífico, en febrero de 2020, la tasa en Quibdó, Chocó, era de 20,6% y en tiempos de pandemia marcó una leve disminución al 19,7%. La realidad detrás de estas cifras revelan un panorama que agudiza la pobreza multidimensional en zonas como la Amazonía, una de las más afectadas. Allí las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) son del 40% en Mitú, capital del departamento del Vaupés, y del 88% en el resto del departamento, según registros del Dane.

Resulta paradójico que tratándose del pulmón del mundo y la zona biodiversa más grande del planeta, las carencias abundan. Jhon Fredy Arango Trujillo, investigador indígena, explica que “en Amazonas no hay cobertura de agua potable, es agua lluvia; no hay red eléctrica, para comunicarse es con radiofonía o un kiosco Vive Digital. Esto exacerba el impacto del virus”.

En este departamento, donde el NBI es del 31% en la cabecera y del 58% en el resto del departamento, la defensora de derechos humanos en Leticia, Angélica Corredor, alertó sobre “la precariedad institucional que llega al punto de dejar muchas personas, sobre todo pertenecientes a pueblos indígenas, sin documentos de identificación. Algunos auxiliares administrativos argumentan que en ocasiones no tienen la papelería para hacerlo; y sin un registro civil o una cédula se limita el acceso a cualquier derecho fundamental, entre ellos, la salud”.

Otro de los lugares complejos en la misma zona fue Mitú, la capital del departamento de Vaupés. Hasta allí llegó a apoyar las labores médicas en el momento más complejo de la pandemia Jesús Alberto Royo, un médico barranquillero que incluso llegó a vivir en un hotel de esta ciudad para evitar ser estigmatizado por la población. Las dinámicas propias de un virus desconocido que estaba generando altas cifras de contagios y muertes produjo que los trabajadores del área de la salud fueran “atacados y excluidos por su probabilidad de adquirir el Covid ante la exposición constante que tenían por su labor”, recuerda Royo.



Allí, al suroriente del país en la frontera con Brasil, el contexto no era muy diferente al del Amazonas. Según Jesús Alberto Mitú solo cuenta con un hospital para la atención de todo el departamento y es incapaz de brindar una atención oportuna a poblaciones, especialmente indígenas, que se encuentran a muchas horas o incluso días de distancia del principal centro urbano de Vaupés.

Ante estas situaciones las comunidades ancestrales debieron apelar a su saber y su recursividad. “Es una paradoja. Las UCI en Bogotá y Medellín estaban llenas, pero en las zonas rurales de Riosucio, Chocó, donde hay puestos de salud, pero sabemos que está mal dotado, la única opción para muchos, fue acudir a lo tradicional y así sobrellevar el mal”, relata Marino Córdoba, representante de Afrodes, miembro del Consejo Nacional de Paz, Conpa y la Comisión Étnica para la Paz y la Defensa del Territorio.

En otros casos también de poblaciones alejadas, las mismas comunidades han sido las responsables de su autocuidado. Por ejemplo, en El Capricho, un corregimiento de San José del Guaviare durante el momento más difícil de la pandemia crearon puestos de control para monitorear el flujo de personas en la zona.

“Como el Estado no llegaba debíamos protegernos de alguna forma y por iniciativa propia pusimos registros a la entrada y salida del corregimiento. Todos los días iban dos personas de diferentes

veredas a hacer ese puesto de control, desinfectando a las personas y sus objetos”, recuerda Olmes Rodríguez, presidente de la Asociación de Juntas de Acción Comunal de ese corregimiento.

Vivir en comunidades aisladas, alejadas, basadas en la socialización para la supervivencia y sin acceso a recursos necesarios como agua potable, ha significado un mayor riesgo para las poblaciones al momento de enfrentar una pandemia donde la premisa de prevención es el lavado de manos, higienizar los alimentos y mantener el distanciamiento social. La carencia de estos recursos hacen de la situación un cóctel devastador para los más vulnerables.

Con todo ello, las consecuencias económicas de la pandemia están provocando en el país una caída del Producto Interno Bruto (PIB) que la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) ha relacionado con niveles similares a los de la crisis mundial de 2009, y que impactarán profundamente las zonas con menor desarrollo, alta informalidad laboral y mayor distancia geográfica porque “son los más vulnerables quienes asumen el costo” como lo analiza Oxfam en un artículo donde además de retomar las cifras de la Cepal, precisa que para latinoamérica se pronostican “52 millones de personas que podrían caer en la pobreza y 40 millones podrían perder sus empleos. Un retroceso de 15 años para la región”.



# UNA NUEVA NORMALIDAD

Si los gobiernos empiezan a tomar medidas para reducir la desigualdad, en una década habrá 860 millones de personas menos en situación de pobreza. Lo anterior sería el escenario ideal pero ahora “las personas que viven en situación de pobreza (es decir, las personas que viven con menos de 5,50 dólares diarios) podrían haber aumentado en entre 200 y 500 millones de personas en el mundo en 2020 a causa de la pandemia de la Covid-19”, afirma el director Mejía.

“El futuro depende de las decisiones que tomemos ahora. Estamos en un momento crucial para la humanidad”, asegura Oxfam que detalla cómo la crisis afecta principalmente a las mujeres y a los grupos étnicos y racializados en situación de exclusión, ya que tienen más probabilidades de verse arrastrados a la pobreza, pasar hambre y no tener acceso a servicios de salud.

En Brasil, las personas afrodescendientes tienen un 40% más de probabilidades de morir a causa de la Covid-19 que las personas blancas, mientras que en los Estados Unidos, si la tasa de mortalidad de las personas de origen latino y afroamericano hubiese sido la misma que la de las personas blancas, aproximadamente 22 mil personas negras y latinas aún seguirían con vida. Las zonas más pobres de países como España, Francia e India presentan tasas de infección y mortalidad más elevadas. En el caso de Inglaterra, las tasas de mortalidad de las regiones más pobres duplican a las de las zonas más ricas.

Mientras tanto la situación colombiana, como lo explica el colectivo Orlando Fals Borda, está permeada por la corrupción gubernamental que ha marcado el destino de los pueblos que dirigen y hasta parecen haber hecho “todo lo que está a su alcance para abrir cada vez más la brecha de la desigualdad. La muestra más clara del fenómeno es el poder que mantuvo la familia Escrucería por más de 30 años en Tumaco”.

Desde la visión del Mayor Armando Wouriyu, líder de la Instancia Especial de Alto Nivel con Pueblos Étnicos (IEANPE), “el Pacífico solamente es necesario para la República cuando necesita ingresos, facilitando la participación de las empresas extranjeras o de los funcionarios públicos que privatizan los recursos para el ingreso particular. Eso se plasma en los puertos de Buenaventura y Tumaco”.

Más allá de las razones económicas, sociales, culturales y hasta biológicas, en palabras del líder tumaqueño, Máximo Caicedo Preciado, todo se resume en racismo y discriminación: “A lo largo de la historia, por ser de raza negra o indígena hemos sido marginados y relegados al trabajo de obrero. Eso no se ha podido superar. Los de piel lavada y herederos de españoles creen ser los únicos que tienen derechos. Por eso nos llaman minoritarios”.

**De allí que Carlos Mejía, de Oxfam Colombia, asegure que “necesitamos una nueva normalidad para que nuestros modelos económicos estén verdaderamente al servicio de todas las personas, y no solo de una minoría privilegiada”.**

